

La infancia de Séneca

Córdoba era en aquellos años la ciudad más populosa de la Bética. Es agosto y el joven Lucio Anneo Séneca escucha a su padre, que le narra la historia del rico Escápula, uno de los líderes de la revuelta anticesariana. Es una anécdota del día más triste de la Córdoba romana. Es el año 43 a. de C. Escápula convocó a los nobles de la ciudad afines a él, los partidarios de Pompeyo, mientras las fuerzas militares de César rodeaban la ciudad. Rostros desencajados de acá para allá. El foro esta solitario, las calles desiertas. Rumores de soldados que se despliegan atemorizados. Sexto y Cneo ya habían huido. Escápula da un espléndido banquete. Sus invitados comienzan a olvidar por unos instantes la gran tragedia que les acecha. Corre el vino, las carnes, las frutas en enormes bandejas. No faltan hermosas damas que ríen junto a los hombres. El poderoso Escápula se ha atildado con sus ropas más lujosas, lo adornan sus mejores joyas. Llama a sus esclavos, que entran con enormes canastas repletas de riquezas que al momento son repartidas entre los asistentes a la cena. Finalmente, ordena que le prendan fuego a la pira que había preparado para morir. El horror y el llanto dispersan a los asistentes a la fiesta. Séneca apenas tiene siete años y mientras escucha esta historia por boca de su padre, llamado Séneca el Viejo o también el Retórico, comienza a presentir que su vida tiene que ser diferente a la de los demás niños de su edad.

Ya han pasado muchos años. La era cristiana ha empezado su cuenta hacia adelante. Córdoba es el orgullo del sur que mira a Roma como el lugar anhelado para situarse, para enriquecerse, para satisfacer las ambiciones de un hombre. El poder, la sabiduría, el conocimiento, la razón y la política sólo pueden culminarse en Roma.

Hay ya una luz en el interior del joven Séneca que se convierte en un esbozo de algo a lo que va aspirar muy pronto. Séneca querrá poseer la

verdad, centrar su posible perfección en la virtud y en la adecuación a la conducta de la razón.

Cuando Séneca estaba al borde de la muerte, recuerda su infancia, las historias que le había contado el sabio de su padre y piensa probablemente que ha vivido en conformidad con la naturaleza y que todo su esfuerzo de honestidad quizás haya sido inútil. Entonces siente el deseo de la vuelta al principio, ante la idea de que nunca debió salir del útero materno. Recuerda Córdoba, la ciudad de su infancia, de sus juegos. Evoca a Helvia, su madre, y a su tía, con la que viajó a Roma y a Egipto.

El viejo retórico

Al parecer, Anneo (Annoea) significa *vieja familia* o *familia de los ancianos*, de *las buenas gentes* o *aquellos cuyo encuentro suponía un buen augurio*. Sobre Séneca el Viejo se sabe que nació en el año 58 a. de C. Pertenece, al igual que perteneció también su padre, a la orden ecuestre y fue uno de los personajes hispano-latinos de mayor importancia en su época. Tuvo una sólida posición económica y formaba parte de la burguesía provincial. Sus primeros estudios y formación tuvieron lugar en Córdoba y muy joven se marchó a Roma con su amigo Latrón para acudir a la escuela del retor Marulo —cordobés también—. En el centro del mundo, en la capital del Imperio inició un brillante *cursus honorum* y ejerció luego una *procuratela*.

«Sus costumbres respondían en todo a las de los antiguos patricios a cuyos cánones ajustaba las normas de su conducta, extremo éste que no pudo por menos de ejercer influencia en la educación de su prole, como reconocidamente la había ejercido en la de la esposa. Era proverbial su privilegiada memoria y él mismo en el prefacio de sus *Controversias* nos dice que no sólo floreció en el grado de bastar para sus estudios, sino que refiriéndole alguno de mil nombres, podía repetirlos en el mismo orden en que se los dijeron, y en la escuela a la que concurrían más de doscientos alumnos pronunciando cada uno un verso, podía repetirlos fielmente comenzando desde el último al primero. El mismo juzgaba esta capacidad tan elevadamente que decía poder tomarse por milagro»¹.

Abandonó pronto la política activa para dedicarse, en Roma, como la élite de la sociedad romana, al diletantismo cultural. Fueron grandes amigos suyos Porcio Latrón, Junio Galión y Clodio Turrino. Su primera etapa en Roma la concluye en el año 15 a. de C., regresando a Córdoba con una posición social e intelectual bastante consolidadas. Cuenta la profesora Pilar León Alonso² que posiblemente volvió a solucionar problemas sobre la administración de su hacienda o que bien pudo venir como procurador.

¹ Iconografía de Séneca y otros estudios afines, de Luis Mapelli. Diputación y Ayuntamiento de Córdoba, 1978.

² Séneca el Viejo. Vida y obra, de Pilar León Alonso. Universidad de Sevilla, 1982.

Estuvo aquí unos quince años. Se casó con Helvia Albina, cordobesa también y de la misma familia que la madre de Cicerón. El padre de Helvia era un hombre adinerado y vivía todavía al quedar ella viuda a finales de los años 30 de nuestra era. La madre, en cambio, murió al dar a luz a Helvia. Su padre volvió a casarse, pero ella fue educada y criada por una hermana mayor a la que de por vida la uniría un cariño más que fraternal y por la que Séneca el Filósofo sentía verdadera adoración, ya que le debía la salud y gran parte de su carrera. Al parecer, las dos hermanas crecieron en el rigor antiguo, lejos de las frívolas liviandades por entonces al uso. Séneca el Filósofo escribió un interesante texto titulado *Consolación a Helvia* en el que habla de su madre. La refiere en algunos pasajes de esta obra como una mujer llena de virtudes y alude reiteradamente a su entereza de carácter con que supo soportar los muchos peligros de su existencia y embates de la fortuna adversa. Cuenta Séneca que para ella ni siquiera fue excepción su día natal: «Perdiste a la madre luego de nacida, o mejor en el punto mismo de nacer y entraste en la vida como una expósita. Creciste bajo una madrastra, a la cual obligaste a volverse madre, con una total obediencia y amor como no se encuentra nada más que en una hija. Perdiste un tío lo más complaciente, varón óptimo y fortísimo, mientras aguardabas su llegada, y como si la fortuna se hubiese propuesto no suavizar su dureza poniendo espacios en la crueldad, al cabo de treinta días enterraste al esposo carísimo que te había hecho madre de tres hijos».

Séneca se refiere a las virtudes de su madre afirmando que «no te arrastró, en el número de las más, el impudor, calamidad máxima de este siglo; no sentiste la seducción de las gemas ni las piedras preciosas; no te deslumbraron las riquezas como el bien más grande de la humanidad; educada en una familia de severidad antigua, no te torció la imitación de los peores, peligrosa aún para los honestos; no te avergonzaste de tu fecundidad, oprobio de este siglo; nunca... disimulaste tus preñeces cual si fueran carga indecorosa, ni ahogaste en tus entrañas la concebida esperanza de los hijos; no te afeaste el rostro con colores ni afeites; nunca te contentó el vestido que al quitarse, dejaba tanto desnudo como estuviera antes; único atavío tuyo, el más bello y siempre libre de las injurias del tiempo, fue el pudor. No puedes, pues, para justificar tu dolor, invocar el título de mujer, del cual te alejó la viril rigidez de tus virtudes».

Cuenta Séneca cómo su padre apartó a su madre del camino del aprendizaje y del estudio: «Pluguiera al cielo que mi padre, el mejor de los maridos, estuviera menos aferrado a las usanzas de nuestros mayores y hubiese querido que fueses no ya iniciada sino formada en los preceptos de la sabiduría. Por culpa de aquellos que hacen uso de las letras, no para

el adoctrinamiento sino para su corrupción, no permitió que a ellas te entregaras». Se desprende de las propias palabras del escritor cordobés que debió intimar mucho con su madre.

El Filósofo la imagina sollozando por una serie de razones en las que evoca su propia infancia en labios de Helvia: «¡Es que me veo privada del abrazo de mi hijo carísimo! ¡No puedo gozar de su presencia ni de su conversación! ¿Dónde está aquel cuya vista desarrugaba mi frente triste; aquel en quien depositaba todas mis cuitas? ¿Dónde, aquellos coloquios de que no me podía saciar? ¿Dónde, aquellos estudios en los que participaba con más gusto de lo que acostumbraba una mujer, con más intimidad de lo que acostumbraba una madre? ¿Dónde, aquellos encuentros? ¿Dónde, aquel alborozo infantil cada vez que me veía?».

El matrimonio tuvo tres hijos varones: Novato, llamado luego Galión por adopción del retórico de este nombre, Séneca y Mela, padre del poeta Lucano. El hijo mayor ingresó en el Senado y llegó a ser procónsul de Acaya (Grecia) donde conoció a San Pablo, y cónsul de Roma. El menor de los hijos, Anneo Mela, no alcanzó honores importantes, pero sí su hijo, el famoso poeta Lucano.

La Córdoba de Séneca

La Córdoba de Séneca se puede contemplar en los albores de la era actual. Aquí se adoraba a Minerva mientras nacía el cristianismo. Además de esa diosa protectora del Imperio, los cordobeses rendían culto a Venus, Artemis y Mercurio. Ya en esa época debieron existir importantes construcciones, calles de cuidado trazado, viviendas privadas de gran lujo decorativo en una sociedad acomodada. Antonio Blanco Freijeiro³ dice, basándose a su vez en las investigaciones del académico cordobés Miguel Muñoz Vázquez, que la casa de los Sénecas pudo ubicarse donde hoy se levanta el Convento del Corpus, en la calle Ambrosio de Morales y junto a la plaza de los Condes de Zamora de Riofrío, hoy plaza de Séneca. Estamos en la Córdoba amurallada del siglo I. La vía principal de la ciudad debió ir desde la calle Osario hasta Ramírez de Arellano, ascendiendo por la calle Claudio Marcelo, donde después se construiría el gran templo de la ciudad, Gondomar y Concepción (recordemos que en la Puerta Gallegos se ha encontrado un mausoleo del siglo I, posiblemente de alguna figura importante de la Córdoba de Séneca). En Cruz Conde, esquina con Gón-gora, casi en la plaza de San Miguel, debía estar el foro principal de la ciudad. También había otra vía importante desde las Tendillas en dirección a Jesús y María hasta la Mezquita y la Puerta del Puente. Esa era

³ Séneca y la Córdoba de su tiempo, de Antonio Blanco Freijeiro. *Actas del Congreso Internacional de Filosofía en conmemoración de Séneca, en el XIX centenario de su muerte.* Páginas 15-38. Madrid, 1966.